



EN ESPAÑA.

EDICION DE LUJO.

Tres meses.	28 reales.
Seis	50
Un año.	90

EDICION ECONOMICA.

Tres meses.	16 reales.
Seis	28
Un año.	50

DIRECTORA,

LA BARONESA DE WILSON.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.

EN EL EXTRANJERO,

ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses.	5 pesos.
Un año.	9

EN EL CENTRO DE AMÉRICA Y FILIPINAS.

Un año.	11 pesos.
---------	-----------

Año II.

Madrid 13 de Junio de 1872.

Número 22.

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Lo mejor de una niña, por D. Antonio de Trueba.—El bobo de mi pueblo, por don J. Darío Sanz.—El Libro del corazón, por D. Ramon Ortega y Frias.—Esperanza, por A. V.—Química doméstica, por H.anova.—Maremagnum.—Explicacion de los grabados.—Charada.

Grabado núm. 1.



REVISTA DE MODAS

Y LABORES.

I.

Juveniles y encantadores son los trajes blancos, bellísimas lectoras, y contestando á varias reiteradas preguntas que se nos dirigen, añadiremos que las batas de piqué blanco guarnecidas con entredoses y puntillas Cluny, reinan sin rival, pues una señora realza su belleza y juventud con traje de color claro, y alguna flor en los cabellos, y esto sin distincion de edades. Las flores que animan á la jovencita, prestan cierta coquetería de buen gusto á la dama de edad más avanzada, sin que por esto pueda acusársela de tener pretensiones ridículas:

la compostura no significa más que ese deseo innato en la mujer distinguida, ese impulso hácia todo lo bello y elegante. Conocemos una simpática condesa que con su corona de cabellos blancos y rosas naturales en ellos, está adorable: su aun graciosa fisonomía animada por esa expresion natural en las hijas de los trópicos, aparece siempre jóven y bella, prestándole las flores un no sé qué de original y juvenil.

Continuando nuestra crónica de trajes, aconsejaremos para las batas de muselina con florecillas, los bulloñados, los encañonados y las puntillas, siendo preferible el modelo Watteau con ancha manga Luis XV.

Para los de percal, como ménos pretencioso, debe adoptarse el modelo sotana con guarniciones de la misma tela y trencillas negras, ó de color en las cabecillas: estos mismos adornos serán á propósito para esos vestidos de poco precio, sean de algodón ó lana; pero estos últimos tambien pueden adornarse con terciopelos estrechos, por ejemplo, un volante y polonesa con dos ó tres cintas estrechas, sean negras ó de un color que corte bien con el del traje.

Describiremos dos nuevos modelos de túnica, deseosas de que nuestras lectoras pue-

dan lucir los primeros que se presenten. Uno es la túnica *aldeana* abotonada á un lado y fruncida sobre el hombro, y en el medio de la espalda, ajustada al talle con un cinturón de gró con broche ó hebilla plateada. La manga es fruncida en el puño.

El segundo es la túnica *regencia* que generalmente se hace de crespón de China blanco, con entredoses de encaje y bandas de crespón formando el delantal, y con una puntilla al borde: por detrás tiene bastante vuelo y se recoge en cascadas. El corpiño abierto forma aldetas redondas, figura el puff y termina como en dos caídas que se cruzan, las que están adornadas con encaje, entredoses y bandas de crespón.

Este modelo puede reproducirse en cachemir blanco, en granadina negra, en batista ó en lanilla, siendo á propósito para toda clase de faldas con volantes rizados, encañonados, picados ó tableados.

Un traje lindísimo para paseo, es de cachemir de lana de color paja baja, ó color tierra; la primera falda tiene un volante con otro segundo ondeado, y cabecilla con picos, bordeada con trencilla ó seda más oscura.

La túnica tiene una pasamanería y un fleco de borlas: el corpiño con escote cuadrado, y guarnecido con un encaje Brujas. Otro precioso traje para reunión ó comida de etiqueta, es de seda color coral con un volante, cuya cabecilla está forrada con raso granate. El corpiño tiene escote cuadrado. Watteau de gasa de Chantilly blanca, con rayas arrojadas y con un ancho fleco. Peinado Luis XV muy elevado y mantilla de encaje con rosas á un lado y cayendo un gran velo por detrás.

Las túnicas Watteau, recojidas con coquetería con primera falda listada, dan por resultado un traje tan elegante y de buen gusto, como sencillo.

Como tipo del extilo Luis XV, describiremos un precioso traje gris claro de fular, con siete volantes de 15 centímetros de ancho cada uno. La túnica es de fular, malva azul ó verde con florecillas Pompadour y un rizado *marquesa*, que guarnece el borde; corpiño con escote cuadrado, un cinturón con caídas, y mangas con rizados, es decir, un Luis XV, con todos sus accesorios.

Los vestidos de cretona y percal, con flores estampadas, adornados sencillamente con rizados de la misma tela, están muy en moda para mañana y traje de casa, y son sumamente económicos.

Los chales *Castellana*, hechos de encaje Chantilly, es sumamente gracioso, y aseguramos que su efecto es en extremo bonito.

Para trajes menos lujosos, más matinales y con menos pretensiones, el chal *Bearnes*, de faya negra ó granadina de seda con fleco, elegante también y de gran distinción.

La capa *monaco*, es la gran novedad de la estación; pero sin que sea fácil hacer la descripción, solo diremos que es un manto grande cuadrado y que por medio de presillas, botones y muletillas, se forma capuchón, albornoz con manga oriental y manta de viaje, la cual se lleva enrollada en una correa con hebillas.

Como nuestro objeto es ser útiles á todas las clases de la sociedad, daremos algunas indicaciones para arreglar trajes más modestos, en lanilla, percal, —mozambique ó linón,— cañamazo, cuyas telas son en extremo económicas. Un traje de esta clase debe hacerse rasante con bieses, fleco de lana, ó un tableado alrededor de la túnica ó polonesa, que es hoy no solo la sobrefalda más útil, sino también elegante: también sobre una falda lisa aconsejamos la *mantilla Luis XV*, especie de chal de lana ó de seda, con capuchón y lazos de cinta, todo lo cual la hace aparecer coqueta y graciosa, y al mismo tiempo propio para una señora que haya pasado la primera juventud, así como el *dolman*, con manga castellana.

Es necesario saber escoger no solo la actualidad en la moda, sino aquello que pueda realizar la esbeltez del cuerpo y armonizarse con el tipo especial de cada persona y con su edad; en esto estriba el ser verdaderamente elegante. Generalmente la mujer tiene el instinto de lo bello desde que nace; pero algunas veces esclava de la moda, suele adoptar trajes ó tocados que en nada están de acuerdo con su fisonomía, con su clase, ó con los años, y en ese caso puede aparecer ridícula, escollo en el cual debe evitar á todo trance caer, pues

ante él desaparece la benevolencia del público y la dignidad de una señora.

II.

El punto de Venecia, como ya en números anteriores hemos dicho, es hoy no solo muy distinguido sino bellísimo y que imita admirablemente el rico y antiguo encaje de Venecia.

Se hace completamente á punto de feston cortando la tela por el revés.

En nuestro modelo se hacen las estrellas del centro con hilo de encaje en las barritas y círculos, y con ellas se unen los diferentes fragmentos del dibujo. Las chambras, las camisas, guarnecidas con esta labor, forman un conjunto rico y de gran efecto.

Una labor que aconsejariamos á una señorita, sería adornar como ya indicamos en nuestro número anterior, un macetero para salón. El armazón es de caña de Indias, y sobre cañamazo ó sobre cachemir, se bordan las bandas que cubren los cuatro costados del cajón de zinc, dentro del cual se colocan las flores bien sea aisladamente en tiestos bonitos, bien en el mismo fondo, de la jardinera; uno de los dibujos más á propósito son ó rosas de diferentes colores sobre un fondo azul verde ó blanco ó margaritas y pensamientos. En el pie de la jardinera suele formarse como primer cuerpo, una especie de profunda bandeja para tarjetas, la cual se borda lo mismo y se forra por dentro con raso rosa azul ó blanco.

Concluyo mi revista recomendando á mis amables lectoras el bordado sobre litografía, con el cual pueden hacerse labores preciosas y hasta algunas que puedan ser un eterno recuerdo de un ser querido, pues fácilmente dibujado en la tela un retrato y siendo hábil en esa clase de bordado, se reproduce la imagen del objeto de nuestra predilección, con exactitud fotográfica.

La Baronesa de Wilson.

LO MEJOR DE UNA NIÑA.

Tienes un pelo, niña,
Que en brillo y suavidad
Al ébano y la seda,
Se deja muy atrás.
Que para atar las almas
No he visto lazo igual;
Pero otra cosa tienes
Que á mí me gusta más.

Tienes unos ojitos
Que dicen soledad,
Negros como las penas
Que causan á mirar:
Alegres como el cielo
Cuando sereno está,
Pero otra cosa tienes
Que á mí me gusta más.

Tienes unas mejillas,
Que no hay en el rosál
Rosita que con ellas
Se pueden comparar:
Que nadie vió conjunto
De perfecciones tal;
Pero otra cosa tienes
Que á mí me gusta más.

Tienes una boquita
Con labios que ha de dar
Envidia á los claveles
Que brotan por San Juan:
Con dientes que parecen
Perlitas de la mar;
Pero otra cosa tienes
Que á mí me gusta más.

Tienes una garganta
Que celos á uno dá,
La santa crucecita
Que en ella tiene altar,



Y al palpar tu seno
De amor palpará;
Pero otra cosa tienes
Que á mí me gusta más.

Tu pelo y tus ojitos
Me gustan en verdad,
Me gustan tus mejillas
De nieve y de coral,

Tu boca y tu garganta,
Me gustan á la par:
Mas tu corazoncito
Me gusta mucho más.

Antonio de Trueba.

Grabado núm. 2.



EL BOBO DE MI PUEBLO.

(Continuacion).

Afortunadamente para Juan, todos en el pueblo comian, segun allí es costumbre, á la hora en que él hizo su entrada,

que de otra suerte hubiera sido demasiado triunfal y tal vez nada agradable, y aunque algunas vecinas se asomaron á la puerta atraídas por el ruido del galope á que el bobo hacia marchar la bestiezuela que montaba, veíanlo cuando ya iba lejos, y la que más cargo se hizo de la triste figura del pobre mozo, se contentó con decir al sentarse nuevamente en la mesa:

—¡Válgame Dios! qué cosas tiene el tonto; ¿pues no lleva sobre la cabeza una corambre vuelta al revés?

Y en verdad, tal parecía el talego recubierto de la pez que había atravesado el tejido.

También María, y esto fué una fortuna para Juan, cuidadosa como estaba de su llegada, se asomó al oír en la calle aquel desusado galopar, y comprendiendo al golpe de vista lo que ocurría, dejándose de importunas reconvencio-

nes, antes que la pez se hubiese endurecido, había ella despojado á Juan del talego y el traje, y le dejaba en la alcoba lavándose y maldiciendo en todos los tonos de su menguada fortuna.

Impuso á Juan el elocuente silencio de su mujer, que tantas y tan justas quejas encerraba, y durante algunos días permaneció callado y sin ofrecerse á hacer cosa alguna; pero pasado tiempo, como su mujer se lamentase inadvertida-

Grabado núm. 3.



mente delante de él, de la imposibilidad en que se veía de aderezar unos jamones, porque le faltaba sal, Juan no pudo contenerse y dijo tímidamente:

—Eso sí lo puedo yo traer. Anda, déjame, María.

—Juan, te temo; malo será que los jamones se pierdan; mas será peor que además se pierda lo que la sal cueste, como se perdió lo que costaron el caldero y la pez. ¿Es posible

que no te se ocurriera en lugar de poner la pez al sol, remojar de tiempo en tiempo el talego en los arroyos del camino?

—Si me lo hubieras prevenido, yo tengo buena memoria y soy obediente, y lo hubiese hecho. Vamos, ¿voy por la sal? Trayéndola yo, me sabrán doble mejor las magras cuando las coma.



Leroy, imp. r. des Marais. 66.

Ad. Goubaud & Fils Ed^r Paris

1861

EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

22-72

—Consiento en darte ese gusto siempre que me ofrezcas traer sal bien blanca y bien pesada, y atar la boca del talego de modo que no se vierta; y mira, si quieres creerme, lo más sencillo es que ofrezcas y des una propina á los mozos del alfolí, y ellos te servirán y te lo acomodarán todo divinamente.

—Así lo haré,—respondió el bobo, cuya tercera salida,

acompañado de sus inseparables alforjas y pollina, se verificó sin tardanza.

En la ciudad siguió Juan las instrucciones de María, y le despacharon enteramente á su gusto.

—Ahora,—decía él tornando hácia el pueblo, al lado de su borriquilla, que con la carga de sal llevaba sobrado peso,—ahora conocerá mi mujer si soy desmemoriado; la sal

Grabado núm. 4.



es como la nieve y está pesada á conciencia; el saco va atado que no se soltará ni á tres ni á cien tirones, y tarde lo que tarde y me canse lo que me canse, mal haya mi ánima si dejo de remojarlo en cuantos arroyos chicos ó grandes encuentre.

Efectivamente, Juan, que sentía sus fuerzas, naturalmente grandes como suelen serlo las de los tontos, multiplicadas por el deseo de complacer á su ama, que es el nombre que en mi tierra dan los maridos á sus mujeres cuando hablan

de ellas, en el momento que distinguía corriente ó charco de agua, descargaba el talego y le daba un baño completo, poniendo particular esmero en que no quedase porción alguna sin remojar. De una cosa se admiraba, que no debiera por cierto haberle extrañado, y es que el volumen y el peso del saco disminuían rápidamente. Al principio supuso Juan que el gusto con que desempeñaba aquella faena se le hacía cada vez ménos penosa; pero preciso le fué apercibirse de

que el bulto se aligeraba en realidad, cuando á corta distancia de su casa, queriendo, despues de un largo rato en que no halló aguas, remojar el talego, se lo vió entre las manos casi vacío y rígido como si lo hubiesen almidonado. El convencimiento de haber hecho una torpeza más y el temor de sufrir las severas miradas de su mujer, produjeron á Juan una especie de vértigo, y abandonando el camino, dió á correr por los campos sin saber dónde se dirigia, y sin detenerse hasta que al cabo de dos ó tres horas le cerraron el paso unas paredes que con terror reconoció ser las de los patios de su casa y de las contiguas. A punto estaba de alejarse, cuando el nombre de su mujer pronunciado por una vecina que sin duda hablaba con otra separada de ella por el bardal de sus respectivos corrales, le hizo poner atencion.

—¡Pobre María!—gritaba la buena mujer, con una voz que hubiera envidiado la misma Patti, y que es comun á todas las serranas de mi país;—acaba de salir con la criada y llorando como una Magdalena en busca del majadero de su marido,

—¿Pues qué ha pasado?

(Se continuará.)

J. Darío Sanz.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

A sus antiguos amigos que no habian logrado hacer fortuna, les ofreció reservada y delicadamente toda clase de auxilios, haciendo esto de tal manera, que ni el más susceptible se sintió ofendido.

Su propósito, segun decia, era establecerse en Madrid para seguir trabajando, aunque más tranquilamente de lo que hasta entonces lo habia hecho.

¿Cómo se llamaba este personaje?

Nuestros lectores lo conocen demasiado bien y saben de su historia mucho más de lo que el mundo sabia.

Era Alberto, el hijo de Magdalena, el hermano de María; es decir, era un hombre que habia pasado por muchas pruebas y que de todas habia sabido salir triunfante.

Desde su más tierna niñez, Alberto sabia lo que era sufrir, y esto le habia obligado á hacer muchas veces uso de su poderosísima fuerza de voluntad para dominarse en las situaciones más críticas de la vida.

Alberto era una de esas criaturas que no se hacen ilusiones en cuanto á lo que deben esperar en este mundo, y sabia muy bien que la vida no es más que una serie de durísimas pruebas y de sacrificios.

Convencido de esto, habia procurado buscar los goces en lo que todos encuentran los tormentos.

No se habia equivocado, y muchas veces pudo ser feliz con satisfacciones puras y santas, que para los demás eran desconocidas.

No es posible que un hombre así se contente con mirar la superficie.

Su existencia habia sido un misterio, y su cariño filial y fraternal habia sido causa de que se pusiese en duda el honor inmaculado de su hermana.

No hubiera sucedido así si Enrique se hubise tomado la molestia de buscar el fondo y examinarlo, en vez de contentarse con lo que habia en la superficie.

La costumbre tiene una gran fuerza, y acostumbrado Alberto á observar, á no mirar con desprecio ningun detalle, por insignificante que le pareciese, llegó á ser por la misma costumbre, observador, sin darse muchas veces cuenta de que lo era.

Aseguraban los unos que Alberto era comunicativo y hablador, en tanto que otros lo calificaban de reservado y decian que costaba trabajo arrancarle una palabra.

Ni los unos ni los otros mentian.

Siempre preocupado, fijando en todo su mirada escudriñadora, pasaba Alberto muchas horas sin articular una síla-

ba, y era porque tenia mucho en qué pensar, porque meditaba y se ocupaba en hacer deducciones; pero cuando una circunstancia cualquiera lo sacaba de su distraccion, hablaba mucho y con gran facilidad; pero nunca era indiscreto, no decia nada que lo comprometiese.

Para él, lo mismo que para todo el que es verdadero observador, un detalle era un rayo de luz.

Los detalles los reunia, los combinaba, servíanle de punto de partida, hacia deducciones siempre dentro de las leyes de la naturaleza y de las circunstancias y condicion social de cada persona, y siempre acababa por descubrir la verdad.

Así era como Alberto podia parecer adivino, y lo que para todos era muy difícil, para él era muy fácil.

Le habian hablado de la baronesa en distintos sentidos; pero de todas las opiniones resultaba siempre que era una mujer misteriosa y que el señor de Velardi representaba un gran papel en la historia de la viuda.

No hay efecto sin causa, y la causa quiso conocerla Alberto.

Su razon de ser tenian forzosamente las llamadas extravagancias del carácter de la baronesa.

Si ella era completamente feliz, ¿por qué muchos la creian desgraciada?

Y si en realidad sufría, ¿por qué su dicha era envidiada por las mujeres?

Se habia casado con un hombre de avanzada edad, y sobre sus virtudes de esposa eran distintas las opiniones.

Habia enviudado, y muchos hombres le ofrecian su razon.

¿Por qué no aceptaba?

¿Era la baronesa una de esas mujeres insensibles y egoistas, que no sienten la necesidad de amar y ser amadas?

Alberto no necesitó más que verla para comprender que la baronesa era demasiado sensible; pero tambien era quizá demasiado exigente.

¿Y por qué al caballero Velardi le guardaba ciertas consideraciones?

No era posible que estuviese enamorada de semejante hombre, y si el amor no era la causa, otra debia ser.

La viuda era forzosamente un misterio, y donde habia un misterio, allí iba la atencion del hijo de Magdalena.

Quiso ser presentado á la viuda.

Si el mundo es torpe para averiguar, en cambio es sobradamente malicioso.

La malicia no necesita la ayuda del talento.

Creyeron algunos que Alberto se habia sentido vivamente impresionado por la singular belleza de la jóven, y aun se atrevieron á decirse así.

Alberto se encogió de hombros.

Le importaba muy poco las opiniones del mundo.

No podemos decir si se habia enamorado, aunque debe suponerse que un hombre como él no se enamora de los encantos personales.

Algo más que esto, mucho más tal vez, necesitaba Alberto para amar.

Habia visto un misterio, y á toda costa queria ponerlo en claro, no precisamente por satisfacer su curiosidad, sino para hacer un beneficio si le era posible.

En la Fuente Castellana habia visto á la baronesa.

—Esa es,—le dijeron despues de haberle hablado mucho de ella.

Alberto no pronunció una palabra; pero dijo para sí:

—Esa mujer sufre mucho, muchísimo, es horriblemente desgraciada.

No se habia equivocado.

Quizá no habia una criatura que sufriese tanto como la bellísima baronesa.

Fué presentado, segun hemos dicho.

Su mirada penetrante se fijó en la viuda.

Esta sostuvo aquella mirada ardiente y dominadora, pero despues de algunos momentos bajó los ojos.

A poca distancia encontrábase el señor de Velardi, que parecia no apercibirse de lo que sucedia á su alrededor, pero que observaba con atencion profunda.

Al bajar los ojos la viuda, arrugose ligeramente el entrecejo del hombre misterioso.

Luego toda su atencion quedó fija en Alberto.

Nada sucedió de particular.

Llegaron otras personas, y la noche pasó, al ménos en apariencia, como habian pasado las demás.

Esto fué lo que el mundo vió; pero el señor de Velardi creyó ver otra cosa, puesto que tres ó cuatro veces sorprendió miradas que le desagradaban mucho.

Aquella noche sonrió como nunca el hombre misterioso; pero la viuda hizo grandes esfuerzos para que nadie comprendiese que estaba preocupada.

Alberto no hizo nada de particular: habló con unos y con otros, dando pruebas de su talento y de su rara instruccion.

A las doce se despidió y se fué con algunos de sus amigos.

Un cuarto de hora despues se encontraban solos la baronesa y el caballero Velardi.

El la miró á través de sus lentes.

Ella se recostó en el sillón donde estaba sentada, y miró distraidamente á su alrededor.

Hubiérase dicho que contaba las luces de las bujías próximas á consumirse.

Así trascurrieron algunos minutos.

—Estoy cansada,—dijo.

Y cambió de postura.

Entonces al señor de Velardi le tocó mirar á su alrededor, y mientras sacaba una pastilla, segun su costumbre, preguntó:

—¿Qué le parece á usted á la habitacion despues de haber estado muy concurrida? Al bullicio y el ruido sucede la quietud y el silencio; las luces parece que no brillan tanto; aun creo que la atmósfera cambia repentinamente de condiciones, quedando en ella algo que no sé decir lo que es; pero algo que se ve, qué se palpa, algo que se percibe, no sé si con los ojos.

—Extraña pregunta,—murmuró la baronesa.

—Todo es raro en mí, ya lo sabe usted.

—No es raro, sino que es horrible,—replicó la viuda como si dijera la cosa más sencilla.

El señor de Velardi se quitó los lentes.

Su rostro cambió de expresion.

—Señora,—dijo,—no olvide usted que se acerca el término del plazo y que es un plazo fatal.

La baronesa lanzó una mirada de odio á su interlocutor, púsose en pié y dijo ásperamente:

—Estoy fatigada y necesito descansar.

—Me iré; pero ..

—Aun no ha concluido el plazo, y hasta que se cumpla...

—Le reconozco á usted la libertad dentro de los límites convenidos.

—¿Y por qué recordar eso esta noche?

—Tiene usted sobrado talento, y puede adivinarlo.

La viuda fijó una mirada intensa en el hombre misterioso, guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Buenas noches, caballero.

No esperó más la viuda, volvió la espalda á su interlocutor y desapareció tras una cortina.

El señor de Velardi se puso otra vez sus lentes, mientras murmuraba:

—No bien conjuro un peligro cuando otro se presenta. Pocofalta ya para que el plazo se cumpla; pero en un minuto puede suceder lo que no sucede en un siglo. Ese hombre es muy temible, y ella no lo mira con indiferencia. No estoy tranquilo y adoptaré algunas precauciones.

Dicho esto, salió de la casa, donde reinó un silencio profundo.

(Se continuará.)

ESPERANZA.

Cuando veo es el mundo
Todo mentira,
Pues ayer exaltaba
Lo que hoy olvida.

Y cuando miro,
La virtud abatida,
Triunfante el vicio;
Entonces considero
Que no es la tierra
El centro de la dicha
Que el alma anhela.
Hay otra vida
Donde reina la gloria,
Paz y justicia.
Esta santa creencia
Guardar deseo,
Que le presta á mi vida
Paz y consuelo.
Mi pobre alma
Moriria de tedio
Sin la esperanza.

A. V.

QUÍMICA DOMÉSTICA.

De reconocida utilidad es tener conocimientos para conservar todos los objetos de uso, mucho más de aquellos que son puramente de lujo y que constituyen una economía real, el poder utilizarlos de nuevo.

Las plumas es una de las cosas que en este momento están más en moda, y deber nuestro es indicar el medio de limpiarlas.

Se necesitan para esto tres ó cuatro cuartillos de agua de lluvia en la cual se rasparán 65 ó 66 gramos de jabon blanco, poniendo esta mezcla al fuego. Una vez desleído el jabon, se quita del fuego.

Las plumas se humedecen con agua fresca bien limpia y se las extiende sobre una tabla, frotándolas ligeramente con una esponja ó con un lienzo muy fino impregnados en el agua de jabon: se las enjuaga dos ó tres veces en

agua fresca, para quitarles por completo el jabon y se las exprime bien entre dos lienzos finos muy secos, se las sacude y se separa cada hilo.

Despues se ponen sobre una plancha de metal carbones ardiendo y se sostiene la pluma á cierta distancia, con lo que acaban de secarse y se rizan al mismo tiempo: para las plumas blancas, se echará en las brasas un poco de polvos de azufre y el humo las devuelve su blancura.

Los velos de encaje, se limpian disolviendo agallas en agua caliente y se empapa el velo, sacándolo despues y pasándolo al agua fria. Se hace una disolucion de goma arábiga en agua y se empapa el velo para que se ponga terso. Se exprime y se extiende sobre una tabla de plancha, prendiéndole con alfileres para que se seque.

Para quitar las manchas de tinta ó de hierro se emplea la siguiente composicion:

32 gramos de tártaro, 16 de alumbre en polvo: se cubre la mancha y despues se enjuaga, pues tiene la ventaja de no perjudicar á la ropa.

Hinnova.

Llamamos la atencion de nuestras suscriptoras sobre la interesante novela que empezamos á publicar en la presente semana, debida á la conocida pluma de la Baronesa de Wilson, directora de nuestro semanario, titulada *La Miseria de los Ricos*, y cuyo desembolso está al alcance de todas las fortunas, pues que solamente cuesta medio real cada cuaderno de 32 páginas, y el todo de la obra será 20 reales, regalándose durante la publicacion, 10 láminas á dos tintas.

En el próximo número incluiremos una primera entrega de muestra, esperando que nuestras lectoras la dispensarán buena acogida.

MAREMAGNUM.

Nuestro distinguido colaborador y amigo don José San Martín y Aguirre, ha estado como siempre oportuno en la elección del título de este inspirado libro, cuyas poesías festivas hemos leído, y las que recomendamos especialmente como placentera distracción á nuestras suscriptoras.

Para que juzguen de la justicia con que tributamos estos elogios, reproduciremos una de ellas en nuestro número próximo.

El precio del tomo elegantemente impreso es 6 reales, pudiendo dirigirse los pedidos á su autor, calle de Don Juan de Villarsa, 9, principal, Valencia.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Vestido de faya verde, adornado con bieses de glasé blanco.—La primera falda está completamente plegada, adornada con dos bandas ondeadas, encaje negro y bieses. Túnica formando cola; por delante sólo tiene 60 centímetros de larga, con dos conchas á cada lado, forradas con glasé blanco. El adorno es una banda ondeada de 12 centímetros de ancho, un encaje de 5 centímetros y dos bieses blancos con vivos negros. Chaleco de glasé blanco. Chaqueta semi-ajustada, redonda por delante y con tabla por detrás. Manga ancha. Sombrero de paja, adornado con faya violeta, guirnalda de violetas y velo de gasa.

2.º Traje para niño de siete años.—Vestido de fular rosa; la falda guarnecida con un volante de 25 centímetros y á la cabeza ondas de sutache negra. Túnica con escote cuadrado formando aldetas redondas por delante y postillon encañonado por detrás, y largas aldetas á los lados, figurando segunda falda. Hombreras y ondeado de sutaché negro y un volante de 10 centímetros. Camisolin y mangas de muselina blanca y Valenciennes. Sombrero de paja bordeado con terciopelo negro, corona de flores y lazo rosa.

3.º Traje escocés para niño de cinco años, hecho de tela de hilo color crudo y adornado con sutache negro. La faldilla tableada, con botones á un lado: chaqueta escocesa con aldetas abiertas y cuello marinero. Medias escocesas. Botitas de satén con punteras. Sombrero de paja forma marinero, y cuyo adorno es sólo una cinta negra.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

1.º Vestido de fular color tierra con semi-cola y volante de 10 centímetros, que figura sobrefalda: bieses de color más oscuro. Túnica ondeada. Gaban-polonesa de seda negra, adornado con encaje y manga ancha. Sombrero de paja belga con velo de gasa.

2.º Traje de seda con volante tableado.—Túnica de seda más clara con fleco, biés y cabecilla, repitiendo el adorno: la sobrefalda formando puff. Corpiño con chaleco abotonado, con solapas, fleco y biés. Sombrero de paja inglesa con bridas y lazo á un lado.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido para niña de 4 á 8 años.—Falda de lana con listas encañonadas y negras. Túnica escotada de fular crudo, drapeada y recogida con lazos de terciopelo negro, los que se repiten en la manga y escote. Camisolin de muselina con mangas. Sombrero de paja blanca con cinta de terciopelo negro y pluma. Medias de hilo de Escocia y zapatos bajos.

2.º Vestido de hilo crudo.—La primera falda tiene cuatro volantes con sutache negro: á la cabeza del último, se pone una trencilla más ancha y sutache estrecha. Otro quinto volante figura la segunda falda. Corpiño con aldetas rectas, cuello marinero y cinturón con sutache. Manga de codo con adorno de sutache. Sombrero de paja inglesa con adorno de gasa y abrazaderas de terciopelo negro.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Vestido de poplin color verde muy claro.—Falda semi-larga con un ancho volante de 50 centímetros con anchos pliegues, y en el centro de cada uno un lazo y un pico y borde de terciopelo. Polonesa ajustada for-

mando segunda falda por detrás, recta por delante, y adornada con terciopelo negro. Manga pagoda. Sombrero de paja negra con el ala levantada, pluma negra, flores y velo.

2.º Traje de hilo color crudo.—Falda adornada con dos volantes tableados, el primero de 40 centímetros de ancho, el segundo de 25, con cabecilla y cinta de terciopelo. Polonesa ajustada, con botones de terciopelo y un volante de 3 centímetros. Manga de codo con volante de 10 centímetros. Sombrero de paja adornado con flores y cintas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Vestido de fular, fondo blanco con florecillas color malva.—Falda rasante: delantal de tafetan malva con un encañonado y un biés. Corsetillo con aldetas cortas por delante, largas y con profundas tablas por detrás, adornado con un volantito encañonado y un biés. Mangas bullonadas en el hombro y con puño semi-ajustado. Cuello y mangas encañonadas. Sombrero de paja fina, levantado de atrás, con gran velo de gasa y flores silvestres.

2.º Falda de percal con listas blancas y rosa. Chaqueta de piqué blanco, adornada con guipure, así como las solapas: es cuadrada por delante, forma puff Luis XV por detrás, y en las aberturas y carteras tiene botones. Lazo de faya rosa y tocado de encaje en los cabellos.

3.º Niño de dos años.—Vestido de nansuk, adornado con algodón azul. Lazos de cinta azul, cinturón de esto mismo y sombrero de paja con pluma blanca y cintas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

SOMBREROS PARA VERANO.

1.º Sombrero de paja de arroz con bordes de terciopelo negro y gasa: de ésta el velo guarnecido con blonda. Lazo de cinta, lilas con follaje y plumas.

2.º Sombrero de paja belga con el ala recogida y bordes de terciopelo negro, cordon de cintas con bordes y fleco, dos plumas y velo de encaje.

3.º Sombrero *D'arry*, de paja de arroz, adornado con tres terciopelos estrechos: el fondo del sombrero es de gasa negra, con conchas y cocas: una cinta ancha cae anudada por detrás. Rosa con caída y plumas.

4.º Sombrero *Español* de paja marrón con plumero y escarapela.

5.º Sombrero de paja ovalado levantado por un lado, bordeado con terciopelo: como adorno, margaritas mezcladas con cintas.

6.º Sombrero *Castellana*, con ala ancha, larga pluma y cintas con caídas.

7.º Sombrero *Primavera*: el ala es de paja, el fondo de tarlatana con follaje, margaritas y lazo de cinta.

8.º Sombrero de paja belga con bordes de terciopelo. Cocas de cinta, encaje negro, margaritas y plumas para el adorno.

9.º Sombrero de paja marrón con bordes de terciopelo y anchas cocas de cinta: flores y pluma.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Puntilla de punto de Venecia. (Véase labores.)

CHARADA.

Es mi primera vocal,
Mas junta con cuarta, el nombre
De una dama, no te asombre,
De hermosura angelical.
Tercera y cuarta aguardando
En la mesa la encontré
Una noche que yo entré
En su casa suspirando.
Y conociendo el amor
Que en mi pecho se albergaba,
Su mano ví me alargaba
Mi todo que es, una flor.

J. L. Celades.

MADRID: 1872.—Imprenta de Santos Larxé, Río, 24.